

## Transmitir la lengua

Xavier North

Delegado general de la lengua francesa y de las lenguas de Francia

Traducción : María Emilia Tijoux

En las *Memorias de Hadrian*, Margarita Yourcenar hace pronunciar al emperador que medita sobre su rol de constructor, esa grandiosa frase que podría ser grabada en el bello mármol gris de la *Biblioteca Alejandrina*: “*Fundar bibliotecas era entonces construir graneros públicos, amasar reservas contra un invierno del espíritu que por ciertos signos, a pesar de mí, veo llegar...*”. Y de hecho, probablemente los historiadores del futuro verán en la apertura de la *Alejandrina*, algunos meses después del 11 de septiembre, al alba de un siglo XXI tentado por las tinieblas del oscurantismo, más que una coincidencia simbólica. Pero éste solo es indirectamente mi propósito de hoy, y si cito esta frase es únicamente para hacer observar que si las bibliotecas pueden hacernos traspasar la duración y premunirnos contra el rigor del tiempo; si esos silos pueden seguir activos y si finalmente el grano jamás muere, es porque poseemos códigos de acceso o de desciframiento que entregamos de generación en generación ; y esos códigos, por supuesto, son sobre las lenguas.

Porque la lengua se impone plenamente a cualquiera que se interrogue sobre la transmisión de los saberes y de las culturas, el problema de su transmisión no es un problema completamente igual a otros. Sin duda, el conocimiento mismo de las lenguas es objeto de saber y además es objeto de un saber específico, de una ciencia: la lingüística. Sin duda, siempre se ha considerado la lengua como un hecho de cultura (de la que es simultáneamente el material y la expresión); pero la lengua es mucho más que eso: es ella la que permite la transmisión de los saberes y de las culturas, un poco como el sistema de explotación de un computador permite acceder a los programas y a implementar los softwares. No hay paso ni hay transferencia sin el soporte o el vector de una lengua; en otras palabras: la herramienta, el instrumento, el vector mismo de la transmisión debe ser transmitido y transmitir la lengua. Es abrir la posibilidad misma de la transmisión.

Pero al mismo tiempo, la evolución de las sociedades contemporáneas le confiere a este problema un carácter de urgencia y una extrema gravedad. Plantearlo, es expresar inmediatamente una inquietud: efectivamente, es sobre el horizonte trágico de la muerte de las lenguas que se dibuja. En un momento en que frente a las conmociones que acompañan el desarrollo exponencial de los intercambios económicos y culturales, algunos expertos estiman que la mitad de las 6000 lenguas actualmente habladas en el planeta, están amenazadas de desaparición, es decir, dejarán de ser transmitidas; en un momento en que el riesgo de ver triunfar lo homogéneo, lo monótono y lo continuo sobre lo singular parece acrecentarse cada día más – a medida que se dispersan las comunidades lingüísticas bajo el efecto de los flujos migratorios – el problema de la transmisión de la lengua es un problema tan crucial como la preservación del medio ambiente o la supervivencia de las especies, si bien es cierto que – para decirlo en palabras de la UNESCO – “*la diversidad lingüística para el ser humano es tan necesaria como la*

*biodiversidad en el orden de lo viviente*”; y no habría que consagrarle solamente una comunicación, sino todo un coloquio o, en otro registro, una conferencia de jefes de Estado, porque también es un problema eminentemente político.

No pretendo agotar hoy día el tema, pero al menos quisiera entregar algunos puntos de referencia para aclarar nuestros debates y de cierto modo “medir” una problemática, “cartografiar” un campo de reflexión, dejándole a otros el cuidado de conseguir las semillas o de cosechar, o bien, inevitablemente, de construir graneros.

Pero quizás primero debamos entendernos sobre lo que significa hablar – en el sentido más literal del término- preguntándose lo que significa la transmisión de la lengua. Sí: ¿Qué es transmitir una lengua? Cuando se transmite una lengua, ¿qué se transmite? Cuando una lengua se transmite, ¿qué es lo que “pasa” en esa transferencia? Para delimitar la originalidad del proceso, es necesario ver claramente que, lo que aquí es transmitido – ofrecido a otro o legado en herencia- no es un objeto o un conjunto de representaciones, sino más que todo un conjunto de competencias correspondiente a un sistema de comunicación – por eso que la comparación con el sistema de explotación de un computador es pertinente (por lo demás hablamos en buen derecho de “lenguaje informático”).

Sabemos que los lingüistas distinguen entre dos series de competencias: las competencias activas (hablar, escribir) y las competencias receptivas (comprender, leer) que no deberían ponerse en el mismo plano, porque las primeras suponen las segundas y no lo contrario: podemos leer y comprender una lengua sin hablarla ni escribirla (por lo demás, los métodos de aprendizaje de las lenguas están fundadas en esta constatación). Una lengua solo es verdaderamente transmitida cuando al menos una de las competencias activas – el ejercicio de la palabra – es adquirida por el individuo o el grupo humano; pero la distinción es interesante porque ella permite hacer la repartición inicial entre las lenguas escritas y las lenguas habladas, por una parte, y entre las lenguas vivas y las lenguas muertas por otra; y a través de la plantilla constituida por esta doble distinción, aprehender de manera coherente toda una serie de fenómenos.

Destaco algunos. Cómo no ver en primer lugar que la escritura de una lengua es un poderoso factor de transmisión y que las lenguas más amenazadas son ciertamente las lenguas no escritas. Una lengua escrita, si muere un día, puede renacer, tal como Lázaro saliendo de su tumba, como lo muestra el famoso ejemplo del hebreo, pero a condición que las competencias receptivas que le corresponden continúen siendo transmitidas y que se reanimen bajo el efecto de una decisión colectiva de las competencias activas. Se deduce de esto que las lenguas muertas (el griego antiguo, el latín) nunca lo están completamente: para que una lengua verdaderamente muera, es preciso que deje no solamente de ser hablada, sino que deje de ser comprendida o leída, que deje de ser en apariencia inteligible, e incluso en ese caso, basta con que ella deje una huella en otra lengua para que se la pueda reconstituir gracias al milagro de la traducción, como lo demuestra la piedra de Rosetta, descubierta a algunos pasos de aquí, y que por lo tanto no dejaremos de recordar... Podemos por último, imaginar la transmisión parcial de una lengua: tal como ocurre con una lengua que no sería ni hablada ni escrita, sino que sería comprendida y leída (sería el momento de examinar en la perspectiva de esta transmisión “truncada” el rol del latín en la cultura occidental).

Pero hay que ir más lejos en este rápido recorrido y recordar que una lengua no es solamente una herramienta de comunicación que tendría las correspondientes competencias, sino que también es una cierta manera de aprehender o de recordar lo real, o por decirlo trivialmente, que implica una visión del mundo. Hacemos la experiencia cada vez que buscamos transmitir una lengua al locutor de otra lengua o transferir significaciones de una lengua a la otra, es decir a traducir. En la palabra inglesa “mind” no se entiende totalmente lo mismo que en “geist”, en alemán o “esprit” en francés. Y “pravda” en ruso designa al mismo tiempo la justicia y la verdad. Estas ambigüedades

no solo atañen al vocabulario de la filosofía. De modo que una lengua determina una manera de pensar (Jean-Jacques Rousseau: *“Las cabezas se forman sobre los lenguajes y los pensamientos toman el tinte de los idiomas. El espíritu tiene en cada lengua su forma particular”*) y que pueda en ella reconocerse entonces una colectividad donde la lengua exprese particularismos culturales, determinando siempre o sobre-determinándolos. De todos los lazos que atan los hombres en la polis, el más fuerte es el lazo de la lengua porque es él quien funda el sentimiento de pertenencia a una comunidad. A tal punto que cuando recibimos una lengua en herencia, lo que nos es transmitido o legado, no es solamente una herramienta de comunicación sino una marca de identidad y la expresión de una cultura. Más aun: la posibilidad de enriquecer esta cultura. Si creemos en Paul Ricoeur: en la transmisión de la lengua, *“la cadena de transmisión no es solamente un orden de sucesión estática sino una dinámica instituyente”*.

Todo esto es algo conocido y no insisto en este punto, salvo para observar al pasar que esta ambivalencia profunda de las lenguas (herramientas de comunicación y marcas de identidad) expone su futuro en dos evoluciones contradictorias, que pueden influir sobre (y quizás determinar) su transmisión (y partiendo por garantizar o hipotecar la diversidad lingüística en el mundo). Porque está claro que la diversidad de las lenguas es un obstáculo para la comunicación en la aldea global (no hay que olvidar que en la Biblia, Babel es una maldición); pero también está claro que en la aldea global, cada uno tiende a afirmar su identidad singular. En otros términos, si las lenguas como herramientas de comunicación tienden hacia la unidad, las lenguas como marcas de identidad tienden hacia la diversidad; y en esta tensión es que debemos pensar su porvenir.

En este punto de nuestro cuestionamiento, puede haya llegado el momento de abrir un paréntesis y de interrogarse sobre los modos de transmisión de la lengua. La experiencia y el simple buen sentido se conciertan aquí para dejarnos pensar que una lengua se transmite por... contagio, o sea que se reciba como herencia, aprendida como lengua materna, elegida como lengua extranjera o como segunda lengua, etc. Se habla además gustosamente de adquirir una lengua por “inmersión” durante la primera infancia, gracias a una estadía en el extranjero, etc. En realidad, todo esto no es tan sencillo, el “contagio” mismo, ya sea pasivo, que suponga un vector, y la transmisión del “virus” (continuemos con el hilo de la metáfora) es un proceso complejo de transferencia.

Aunque aquí nuestro propósito no sea para nada analizar los procesos cognitivos de adquisición de una lengua, podríamos sin riesgo de equívoco distinguir entre dos tipos de transmisión, dando por entendido que una y otra suponen un aprendizaje. Una transmisión “vertical” – es la cadena a la que Paul Ricoeur aludía: *“Cada persona es la consecución de una historia milenaria que lo ha precedido y que recapitula en él. Cada persona contribuirá a su vez para llevar esta historia más lejos. Es por transmisión que lo humano se engendra y se construye”*. En esta perspectiva, la transmisión se efectúa de generación en generación; ella implica un lazo de engendro y de filiación. El marco privilegiado es la educación, familiar y escolar, y el personaje central es el adulto que según Philippe Mériau, tiene *“un deber de antecedente frente al niño”*. Pero creo que es necesario darle lugar a otro modo de transmisión, que yo llamaría “horizontal”, por el cual una lengua se impone lateralmente (digamos por ejemplo una relación de dominación) a un grupo humano que habla “naturalmente” otra; o incluso aquella por la cual un individuo elige libremente aprender otra lengua (que en general se ha apropiado por transmisión “vertical”).

Esta constatación desemboca naturalmente en una interrogante. ¿Qué necesita una lengua para ser transmitida? ¿Cuáles son las condiciones que se debe reunir para garantizar la transmisión de la lengua? Sin duda, aquí habría que evocar factores internos y externos. Por haber evocado recién en el camino, lo primero es que no me detendría en este punto: una lengua se transmite mucho mejor cuando es posible escribir, e incluso ella engendra una voluminosa producción escrita, la grafía (y más generalmente los nuevos soportes de comunicación) que le aseguran una permanencia que no está garantizada

solo con la palabra. Es por esto que Internet – más que ser una herramienta de unificación lingüística, como pudimos temerle apresuradamente – puede ser un poderoso instrumento puesto al servicio de la diversidad lingüística. En número de páginas se constata de este modo, que el francés beneficia del mayor porcentaje de todas las lenguas latinas: signo indiscutible de vitalidad. Forzosamente constatamos sin embargo que de las 6000 lenguas repertoriadas por los lingüistas, 90% no están representadas en Internet.

En nombre de los factores internos, igualmente ordenaremos las normas gramaticales que determinan el “buen hablar”, el “buen escribir” – en una palabra, el buen uso, toda una expresión de un pensamiento entre locutores de una misma lengua que supone un marco común de referencias, un conjunto de códigos reconocidos y aceptados por todos. Para un francófono, por ejemplo, la lengua deberá poseer tiempos gramaticales y modos, oponer lo singular y lo plural, distinguir entre los géneros masculino y femenino (ver la virulencia del debate sobre la feminización, cuando el código implica una concepción implícita de la sociedad), etc. Roland Barthes no dudaba en ver en la obligación de las normas la característica más fuerte de una lengua: “la lengua es fascista”, afirmaba.

Pero la transmisión de una lengua depende igualmente de factores externos que hay que buscar en el cuerpo social. ¿Como no ver así que la hegemonía de una potencia global favorece la transmisión “lateral” de su lengua en el conjunto del planeta? ¿O incluso que la rapidez y la amplitud de las mutaciones sociales vuelven problemáticas la transmisión “vertical” de las lenguas de generación en generación? La transmisión en un marco migratorio por ejemplo, se vuelve aleatoria, porque implica mecanismos de adaptación y de recomposición de las prácticas culturales. Los hijos de inmigrantes se construyen una identidad desde una tentativa de compromiso entre el país de origen y la sociedad de acogida, el entorno familiar y el entorno social, esta tensión permanente que conduce a veces al abandono de una parte de la herencia transmitida sin que por ello la transmisión o la adquisición de la lengua del país de acogida se efectúe sin choques. Tocamos aquí uno de los problemas más agudos de la mundialización, allí donde los flujos migratorios se traducen en la desterritorialización de las lenguas y de las culturas.

Para ilustrar mi propósito y más generalmente las crisis de la transmisión, no es para nada necesario analizar las dificultades de integración lingüística que conocen las comunidades inmigradas. La historia de las lenguas regionales en Francia – el país de la Unión Europea donde más variado es el patrimonio, puesto que contamos con 75 lenguas minoritarias habladas en el territorio de la República – a este nivel es particularmente elocuente. Se ha dicho mucho sobre su cuasi-desaparición e incluso algunos han llegado a hablar de un “genocidio lingüístico” (abusando de un lenguaje que injuria a las víctimas de genocidios que sí son reales). Y de hecho, la encuesta “Familias” efectuada por el INSEE y la INED en 1999, da cuenta simultáneamente de la progresión del francés (que les recuerdo no era la lengua materna de la mayoría de los franceses hasta fines del siglo XIX) y del retroceso de las lenguas regionales. Resumo las principales enseñanzas. Solo 26 % de los adultos interrogados declararon que sus padres les habían transmitido, asociada o no al francés, otra lengua. De este 26%, solo un 35% había transmitido esta lengua a sus hijos. En otras palabras, extrapolando un poco, a fines del siglo XX, solo uno de cuatro franceses había recibido en herencia una lengua distinta al francés, y entre esos felices legatarios, ¡solo uno de tres la había transmitido a su vez a sus hijos! Para explicar el fenómeno, se invocó el rol de la escuela, la guerra de 14-18, cuando hay que buscar razones mucho más cercanas a nosotros, en el éxodo rural de los Gloriosos Treinta, que al desarraigar dos tercios de la población francesa, les dio a conocer exactamente eso que padecen los inmigrados actualmente: la desestructuración de referencias lingüísticas y culturales que repentinamente dejaron de transmitirse.

Cerremos este nuevo paréntesis para destacar que la vitalidad de una lengua, partiendo por la incitación a transmitirla, me parece que tiene que ver con una conjunción de varios factores (que dicho al pasar, no dejan de tener incidencia, sobre nuestras políticas de la lengua). Cada uno de estos factores deriva por lo demás en una de las características

intrínsecas de toda lengua “natural”.

¿La lengua es primero un modo de expresión? Y bien, su vitalidad dependerá primero de su capacidad de expresar lo real, en particular, de su capacidad para designar las nuevas realidades que aparecen a medida que el mundo cambia - es decir su eficacia. Por eso que en Francia le damos mucha importancia a los trabajos de las Comisiones de terminología y de neología (que además son objeto de una publicación en el Diario Oficial) que permiten responder a las necesidades de expresión que no satisface el estado actual de la lengua. Hay aquí una suerte de carrera que debemos ganar imperativamente: cuando la lengua cambia más lentamente que el mundo que expresa, es siempre un mal signo.

Si realmente la lengua es una herramienta de comunicación, su vitalidad dependerá luego de su funcionalidad: por ejemplo, es claro que la utilidad real o supuesta de una lengua en el mercado del empleo conduce mucho más a los padres a transmitirla a sus hijos. Sabemos hasta que punto el criterio de funcionalidad determina en la escuela la opción de las lenguas extranjeras. Ninguna lengua puede sobrevivir sin un mínimo de interacción; y el lugar que se le reserva en los medios de comunicación, en la vida cultural, en los sistemas escolares, evidentemente es capital. Es por esto que debemos ser cuidadosos con el empleo de las lenguas en el mundo del trabajo, de la enseñanza, de la investigación, etc., y si es necesario, no dudar en reglamentar o legiferar para garantizar su uso.

Pero vimos también que toda lengua era material de una cultura. Por eso su vitalidad dependerá igualmente de su “literalidad” (disculpen por este neologismo), es decir de su capacidad a producir obras importantes, o de preferencia, de la fecundidad de la cultura que ella sostiene, expresa y enriquece. Los llevo en este punto a la hermosa meditación de Henri Meschonnic: son las grandes obras que producen la lengua y no las lenguas a las obras. Lo que hace la grandiosidad del árabe, es el Corán y no lo contrario. El atractivo ejercido por una lengua proviene principalmente de la calidad, del “resplendor” (en el sentido casi físico del término) del pensamiento, del arte de vivir o de la civilización que en ella se expresa. En la época moderna, la lengua francesa ha beneficiado, más que cualquiera otra lengua, de esta “radiación”, que no justificaba ni el peso demográfico, ni el poderío económico, ni la fuerza militar.

Por último, y porque toda lengua es una marca de identidad, ocurre también que el porvenir de una lengua depende del apoyo de una voluntad política, es decir en última instancia, del vínculo que le entregan los ciudadanos, y es en este último punto que quisiera detenerme para concluir. Una lengua amenazada puede salvarse con la voluntad y el poderío de la acción que están encargados de definir las políticas lingüísticas: vean la historia ejemplar de la renovación del francés en Québec. E imaginemos aquí igualmente el renacimiento del hebreo.

Pero primero la lengua es la responsabilidad de los ciudadanos que tienen deberes respecto a su lengua; y en primer lugar de defenderla, es decir no de ampararla tras las imaginarias líneas Maginot, sino de ilustrarla y de transmitirla. En Francia, cada vez que se constatan carencias o desvíos respecto a una norma del francés estándar, anglicismos, barbarismos, etc., nos preguntamos: “¿Pero qué hace el Estado?”. Más precisamente, en ocasiones “¿pero qué hace la DGLFLF?” (donde este servidor es un modesto guardián). Pero nada puede el Estado sin la voluntad de los ciudadanos libres... ¡No hay coerción posible en este campo! Por lo demás, el principio superior de la libertad de pensamiento y de expresión inscrito en la declaración de los derechos del hombre y del ciudadano, se opondría. En este marco, lo que ha elegido el Estado en Francia, es defender con la ley un derecho a la lengua y reunir las condiciones de ejercicio de ese derecho. Es lo que hacen los poderes públicos, y recién recordaba yo las lenguas regionales: ¿se sabe que los efectivos que aprenden se han multiplicado por 10 en quince años? ¿Y que se han duplicado durante los tres últimos años? Nada está nunca perdido, el grano jamás muere.

Esto es para decir que actualmente se esboza en las políticas lingüísticas contemporáneas, complejos sistemas de derechos y de deberes, que determinan y determinarán cada vez más – más allá de las evoluciones económicas y sociales- la transmisión o no transmisión de las lenguas. Dando por entendido que lo que transmitimos no es un sistema cerrado paralizado por sus códigos, sino una posibilidad infinita de enriquecimiento y de metamorfosis y al final de cuentas el ejercicio de una libertad. Porque esta lengua que heredamos jamás la restituimos intacta; la lengua que transmitimos a nuestros hijos no es nunca la misma que nosotros recibimos, algo tan cierto como lo que escribe René Chair, que en este campo, « *nuestra herencia no está precedida de ningún testamento* ».

*Biblioteca Alexandrina*

Alejandro, 14 de marzo 2006